



Revista Clínica Española

www.elsevier.es/rce



HUMANIDADES EN MEDICINA

Un viaje al interior

A journey to the interior



Toda palabra es una palabra de más
E.M. Cioran

Hacia poco que había llegado, tras unos años vividos en el Cuerno de África, en una región conocida como la más caliente del planeta. ¡Qué alegría volver! Disfrutar de nuestro clima tan suave y agradable, descansar en casa con tranquilidad, mirar libros y revolver papeles, arreglar el jardín, llamar a los amigos. . . pequeños placeres casi olvidados.

Estoy en mi despacho releendo unos documentos referentes a mis antiguos pacientes que he recogido con la intención de escribir unos artículos^{1,2}. De repente, no sé lo que me ocurre pero no veo bien. Las líneas de los listados se han vuelto saltarinas y no puedo fijar los nombres; se me hacen confusos y soy incapaz de articularlos; mezclo medio nombre de un enfermo (Mohamed) con la prueba diagnóstica que estoy estudiando (baciloscopia), y profiero en voz alta «moascopia» y si pruebo otra vez «bacimed». Sé lo que quiero decir pero no puedo dar forma verbal a lo que quiero a pesar de mis esfuerzos cada vez más intensos y angustiados. Lo intento una y otra vez pero no encuentro la palabra correcta; o mejor dicho: sí, la tengo en el cerebro pero está aprisionada y soy incapaz de vocalizarla. Cada vez estoy más nervioso. Con mucho esfuerzo llamo a Tere que me lleva a la cama y me da una aspirina. Por fortuna,

tiene que venir a cenar un médico que cuando llega, ante mi estado de gran excitación y habla ininteligible, telefona a un colega neurólogo. Nuestro amigo se comunica con su servicio en el hospital y tan pronto como llegamos me practican un TAC craneal. Todo va muy deprisa pero creo entender que no se ha detectado nada anormal. Me ingresan en la sala de los ictus. Una hilera de 8-10 camas, algunas, pero no todas, separadas por cortinas. El personal es amable y atento, y yo me quedo estirado en la cama, solo con toda la maquinaria que me rodea, las lucecitas que se encienden y se apagan, y los tubos que introducen sustancias desconocidas en mi cuerpo. Es de noche y estoy acompañado por otros pacientes más o menos deteriorados; unos duermen y otros están en coma (no es fácil diferenciarlos), y yo empiezo a meditar. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Saldré de aquí con vida? Estoy lúcido y puedo pensar (creo que bastante correctamente) pero me parece evidente que padezco un trastorno del lenguaje. En este silencio inquietante intento repasar la neurología aprendida hace muchos años en mi época estudiantil. Me vienen a la memoria nombres como Wernicke, Broca. . . , pero vayamos por partes y despacio que tiempo parece que no me faltará.

Recuerdo, más o menos, que el córtex de nuestro cerebro tiene una superficie de unos 2 metros cuadrados y que consta de más de 20.000 millones de neuronas. Las áreas sensoriales y motoras ocupan menos del 10% del espacio, y el resto está destinado a integrar diferentes asociaciones, es decir: las emociones, el conocimiento y el comportamiento. Estas 2 últimas están coordinadas en 5 grandes redes neuronales: la red perisilviana destinada al lenguaje; la parietofrontal al reconocimiento espacial; la occipitotemporal para el reconocimiento de los rostros y los objetos; la límbica para la memoria; y la prefrontal para la atención y el comportamiento.

En el 90% de las personas diestras y en el 60% de las zurdas el área del lenguaje se encuentra en el hemisferio izquierdo. Esta se divide en un polo posterior –el área de Wernicke–, y un polo anterior –el área de Broca–. La primera da el significado a las palabras, y la segunda posibilita su expresión y permite construir frases con una sintaxis correcta. Creo que lo que sufro es una afasia de Broca; mi

entendimiento se ha mantenido y la comprensión del lenguaje también. Me doy cuenta de lo que me está ocurriendo y ello me produce una enorme frustración e inquietud. ¿Cuál es la causa?, me pregunto sin pausa. Me sentía sano y que yo sepa no tengo ninguna enfermedad que me predisponga a una enfermedad neurológica. He debido padecer una pequeña oclusión de una rama (no recuerdo cual: hace muchos años que lo estudié) de la arteria cerebral media... Ahora que he revisado mi neurología, miro al techo y sigo barruntando. ¿Podré volver a hablar? ¿Y si no puedo hablar más podré seguir pensando? ¿Los pensamientos son los mismos cuando no se pueden expresar, cuando no puedes compartirllos con otros? ¿Dejaré de soñar?, tal como se preguntaba el escritor portugués Cardoso Pires después de sufrir una hemorragia cerebral severa (*De Profundis*. J. Cardoso Pires) ¿Pensamos en un idioma específico? Yo me eduqué en 3 idiomas (castellano, francés y catalán), pero por más que busco no puedo definir con exactitud en cuál de ellos pienso. Recuerdo a un lingüista que afirma que no pensamos en un idioma determinado, sino que lo hacemos, según él, en «mentalese» (*The language instinct*. S. Pinker). ¿De ahora en adelante, se limitará mi cerebro a elucubrar en «mentalese»?

Oigo que mi vecino respira con dificultad; quizás debería avisar al enfermero... Cuando su respiración se calma mis reflexiones se vuelven más filosóficas. Tengo una visión algo nebulosa del libro de Wittgenstein (*Tractatus logico-philosophicus*). Una obra revolucionaria de poco más de 100 páginas que encontré especialmente difícil y que no estoy seguro de haber entendido del todo. El autor concluía que era mejor no hacer referencia a aquello de lo que no se podía hablar; que no se podía relatar el mundo sin un lenguaje. ¿Es eso lo que afirmaba? ¿Lo entendí bien? Me he quedado

sin lenguaje y, a partir de ahora, ¿podré expresar lo que pienso? Y lo que me parece más preocupante, ¿podré pensar como antes? Pero quizás moriré pronto y todas estas cavilaciones son totalmente inútiles y superfluas... Al pensar en la muerte me aparecen perfectamente las últimas palabras pronunciadas por Wittgenstein poco antes de morir: «Decidles que he tenido una vida maravillosa.» ¡Qué manera más espléndida de acabar nuestro breve recorrido por este planeta!

Al día siguiente, al despertar, me doy cuenta de que he recuperado la palabra. La cama de mi vecino está vacía. Llamo al enfermero y con voz clara y firme le pregunto:

- ¿Dónde está el enfermo que ayer estaba a mi lado?
- Falleció esta noche mientras tú dormías, me contesta

El viaje ha sido largo, pero parece que los 2 hemos llegado a destino...

«A Tere que me dio una aspirina»

Bibliografía

1. Ollé-Goig JE, Codina-Grau G, Martín-Casabona N. Resistance to anti-tuberculosis medications in the Horn of Africa. *Int J Tuberc Lung Dis*. 2011;15:414-6.
2. Ollé-Goig JE, Cervera C, Miró JM, Ramírez J. Profound reduction of CD4+ lymphocytes without HIV infection: Two cases from the Horn of Africa. *Afr Health Sci*. 2012;12:331-3.

J.E. Ollé Goig

Asociación para el Control de la Tuberculosis en el Tercer Mundo (ACTMON)

Correo electrónico: olleuganda@gmail.com